

E. M. Torres

AMA-KAR



El dolor la atravesaba como el fuego que arrasa los bosques en la estación seca. Cada espasmo de su vientre la doblaba sobre sí misma y la obligaba a jadear y aferrarse a la piedra húmeda. Había huido bajo el amparo de la noche, aunque el sendero parecía alargarse ante la inminente llegada de su hijo.

A pesar de que la estación de los nuevos brotes estaba cerca, las ancianas habían hablado con los espíritus: la tribu había sufrido un invierno cruel que vació sus manos de alimento. Los dioses exigían, y así lo reclamaban los ancestros, que su retoño fuese sacrificado al nacer para asegurar la caza y los frutos venideros.

Ella había aceptado su destino con temor, con la certeza de que no se desafiaba lo que dictan las deidades. Pero cuando las aguas premonitorias de vida bajaron por sus piernas, supo que no aceptaría la sentencia.

Cuando las sombras cubrieron el valle, se incorporó en silencio. Al salir de la cueva, el aire frío le provocó un estremecimiento bajo aquella negrura apenas mitigada por las luces de los antepasados, que temblaban como brasas en el cielo. Miró el mar; el horizonte seguía dormido en las tinieblas. Aún faltaban horas para que Gaa tocara Ama-Kar, el peñón que se alzaba sobre el estrecho, y debía alcanzar la cima antes de que su fulgor incendiara la roca sagrada. Tenía que ofrecer a su hijo a la divinidad, demostrar que era fuerte, que podía sobrevivir.

El sendero era traicionero. Las garras de los matorrales le arañaban las piernas mientras dejaba rastro en el polvo con los pies. En la lejanía, el aullido de un lobo desgarró la noche. La bestia olfateaba su flaqueza, pero ella no se detuvo; no podía.

Entonces el dolor la golpeó desde dentro: un calambre profundo, como un nudo en el vientre. Se mordió la lengua, ahogando el grito, para no alertar a las cuevas dormidas al abrigo de la montaña.

Avanzó sin flaquear, con la piel pegajosa de sudor y el cuerpo tembloroso. A cada paso, sus labios murmuraban una súplica a La Primera, la que modelaba la vida con la greda y hacía retumbar tambores en su entraña.

—Gran Creadora, no lo tomes. Déjalo salir fuerte, déjalo gritar. No permitas que su calor se enfríe en la sombra. Dame fuerza para abrir la puerta, para traerlo a la luz y protegerlo. No quiero entregarlo a la tierra: quiero que beba la savia que le ofrezco, que corra, que cace..., que viva.

Y así, aunque la noche se hizo eterna y cada punzada la debilitaba, siguió, aferrada a la certeza de que Ama-Kar la cuidaría.

Cuando el horizonte se tiñó de fuego y la primera luz del alba besó la cima, llegó. Allí, donde la madre de su madre la había traído al mundo, se dejó caer de rodillas, se aferró a la piedra y gritó con la voz rota, con la fuerza de quien se niega a morir.

El viento arrastró su lamento y la roca le devolvió su calor. La penumbra se disipó y ella alzó el rostro al cielo. Gaa la observaba: había llegado a tiempo.

Con un último soplo de fuerza, empujó. Empujó con todo su ser, sintiendo cómo su carne se abría cual volcán, hasta que el peso del nuevo ser cayó en sus manos.

El llanto del niño rasgó el aire: un sonido pequeño pero poderoso. Ella lo levantó, lo envolvió en pieles y lo sostuvo contra su pecho. Luego lo miró, al amor de la esfera luminosa que doraba la cumbre y le bañaba la piel, cubierta de grasa: tenía los ojos cerrados, la piel arrugada y los dedos apretados en puños.

Finalmente, miró al cielo y supo que había vencido: había traído un ser al mundo, no con el canto del clan, sino con la voz del viento, la bendición de la tierra y el aliento del agua.



Tambaleante, se puso en pie con su recién nacido en brazos. Sabía que era el momento de regresar; no podía abandonar su clan. Eso sería una muerte segura, sola en los bosques, rodeada de fauces hambrientas.

De ese modo, con la carne dolorida, inició el descenso hacia las cuevas, dispuesta a luchar por el destino de su cachorro, dispuesta a exigir que lo bendijeran como uno más de la tribu.

Las sombras del amanecer aún envolvían las grutas cuando alcanzó la entrada. Su respiración era entrecortada; el niño dormía plácidamente. En el umbral, las madres de muchos la esperaban en silencio. Entre la tribu, algunos gruñeron con desaprobación; otros, insatisfechos, chasquearon la lengua contra los dientes.

Ella no dijo nada. Solo tendió al pequeño ante ellos y dejó que el frescor y la luz de la mañana revelaran el hálito que brotaba de él, la tibieza de su piel y la leve agitación de su carne; un ruego silencioso de piedad.

De repente, un bufido irrumpió a su espalda. Al girarse, vio a un ciervo joven en la entrada de la cueva, con los cuernos enredados y apuntando al cielo.

Sin saber por qué, le presentó al recién nacido. El animal vaciló, como si una fuerza lo retuviera por un instante. Luego inclinó la cabeza y se dejó caer sobre las patas delanteras, exponiendo la vulnerabilidad del cuello.

Entonces un murmullo recorrió el clan al comprender la ofrenda.

Uno de los cazadores avanzó y, sin encontrar resistencia, hundió la hoja de piedra en la carne que latía. La sangre brotó, manchando la entrada de la cueva y sellando el pacto con los dioses.

Una anciana dio un paso al frente y bajó la cabeza. Luego, los demás hicieron lo mismo. Nadie se atrevió a desafiar la voluntad sagrada.

El sacrificio había llegado, pero no con la muerte de aquel niño. No era un reclamo de los dioses, sino un augurio: su hijo no traía muerte, sino vida.

Ella se agachó, humedeció el dedo con sangre y pintó una línea en la frente del retoño. Había luchado contra los suyos y contra los dioses, y había vencido.



E. M. Torres

Escritora